



Un profesor de belleza

«**L**a historia¹ de los pequeños soberanos de Fezensac sólo valdría para sus herederos si los tuviesen», dijo Voltaire en *El ingenuo*. A pesar de la opinión que pueda tener uno mismo sobre esta opinión de Voltaire, se puede pensar que si el conde Robert de Montesquiou-Fezensac, hubiese conseguido, gracias a una artimaña de naturaleza nada loable, disimular su personalidad espiritual y mantener su estilo, hacer que viviese de alguna manera su maravillosa inteligencia de forma separada y como de incógnito, y se hubiese contentado con compulsar y publicar, lo que no significa forzosamente escribir, una historia de su familia, haría más de diez años que tendría su sillón en la Academia francesa y todo el mundo, excepto él, tal vez, tendría motivos para felicitarle. Los

1. «Un profesor de belleza», *Les Arts de la vie*, París, agosto de 1905.

académicos en primer lugar, incluso y sobre todo en los albores, en el momento del diccionario, si, como creo, no hay nadie hoy en día, en un grado igual o casi al del señor de Montesquiou, tan sensible al rostro, al porte, a la gesticulación, a las tradiciones, a las ridiculeces, a los prejuicios, a las excelencias de cada palabra, y que conozca mejor la historia, que pueda con certeza seguirla y encontrarla en los clásicos y en los modernos y de una forma que llegue a desconcertar y dejar sin aliento a veces a su lector menos diestro y que finja, con una cortesía en la que cabe quizá algo de impertinencia, creerlo tan sabio como él, mientras que el otro, que no puede pero que querría decirle, como el señor Jourdain: «Hágame el favor, señor, haga como si no lo supiera». «El escritor verdadero —dijo Ruskin— debe conocer a fondo la genealogía y el armorial de las palabras, saber con exactitud las funciones que han estado llamadas a desempeñar en la nobleza nacional del vocabulario, qué alianzas han pactado entre ellas, en qué medida se perciben,² etc.». Nadie responde mejor que el señor de Montesquiou a esta definición. Todos los que

2. No puedo naturalmente en este elogio tan rápido y en este espacio tan ajustado de un artículo hablar y desarrollar esta opinión de Ruskin, que sólo cito de pasada y para rendir honores al maestro y al amigo al que en mi opinión se aplica. Pero en la edición que ofreceré próximamente de *Sésamo y lirios*, desarrollaré todo mi pensamiento sobre esta máxima y sobre otras análogas (Nota del autor).

lo han visto pararse o incluso irritarse en el momento de pronunciar una palabra (y una de aquellas que hasta entonces nos habían impresionado menos), como espantado³ al haber visto de pronto abrirse el abismo del pasado que se vislumbra tras esa palabra cuya profundidad se disimula por la costumbre, con el vértigo de haber captado la gracia original de esa palabra, asomada como una flor al borde de un precipicio, todos los que lo han visto coger una palabra, mostrar toda su belleza, saborearla, casi hacer un guiño por el sabor especial y demasiado fuerte, realzarla, repetirla, gritarla, salmodiarla, cantarla, utilizarla como tema para mil variaciones deslumbrantes, improvisadas, con una riqueza que asombra a la imaginación y turba los esfuerzos de la memoria para retenerlas, todos esos pueden imaginarse qué tiempos maravillosos serían, con él, en la Academia, en la época del diccionario.⁴ Pero qué decir de lo

3. En el buen sentido aplicado a los caballos de raza: «Dominando a su caballo que se espanta» (Heredia); «Un caballo espantado que relincha en los cielos» (Hugo) y que Hugo extendió a los poetas: «Iré, mago espantado» (Nota del a.).

4. No se podría ver como artículo definitivo para un diccionario ideal (y compadecería a los que vieran en este elogio un epigrama) el reciente estudio dedicado al primoroso cofre expuesto por la señorita Lemaire. Esta sorprendente lección de citas de Montaigne, de Lesage, de Balzac, de Victor Hugo, de Flaubert, en las que se repiten como un estribillo las dos palabras que se trata de definir y de ilustrar, «caja» y «cofre», ejemplos esos a la vez conocidos y olvidados destinados a

que serían los grandes días, las sesiones de recepción, si, como es tradicional, lo que hace falta y lo que da encanto es la cortesía, la elocuencia, la maldad, el gusto y el ingenio. Se sabe que «recibir» es, cuando no está ocupado en algo mejor, en realizar su ideal, en luchar por él, una de las cosas en las que nuestro poeta destaca, y que al acoger al que llega, siempre en cierta medida «elegido», en su morada que es con gran justicia (y por decirlo a su manera «preventivamente») llamada la de las Musas, prodiga recursos de ingenio y de elocuencia que a no pocos académicos les costaría mucho introducir en sus discursos. Sin duda sabría «*recibir* al elegido» en la Academia quien ha dotado a la hospitalidad —así como a tantas otras cosas además— de una fórmula nueva por decirlo de alguna manera, hecha de majestuosa gracia y de infatigable ingenio. «Y en lo que respecta al gusto», ¿a quién se podría citar que lo

precisar y a glorificar a cada una de ellas: «El cofre de Cipselo depositado en el templo de Juno en Olimpia», «el cofre en el que Nerón ofreció su primera barba a Venus Genetrix», «el cofre que guardaba los archivos de Francia y que permitió detener a Felipe VI en Crécy», «el cofre que contenía las joyas de Carlos el Temerario del que se apoderaron los suizos en Moret» (eludo algunos y de los más significativos), ¿todo eso no aporta una preciosa contribución al artículo Caja y al artículo Cofre? Este saber además se prodiga con una falta de pedantismo que corrobora suficientemente el género de recopilación en el que ha aparecido: «Les Modes» (Nº de junio de 1905) (Nota del a.).

tuviese mejor para juzgar el valor de una obra y penetrar sus secretos hasta asombrar al autor? Y su competencia llega bastante lejos para que no sólo sean los literatos a los que les gustaría escucharlo acoger en una academia, sino también los pintores, los músicos. No creo que el señor Helleu ni el señor Fauré me contradigan. Sin duda, al igual que, por convenciones del género, Sarah Bernhardt al interpretar Asuero en Saint-Cyr sabe olvidar las furias de Herminio, el señor de Montesquiou, en los discursos de la academia, velaría con una decente dulzura sus tormentosas justicias e injusticias. Pero, en definitiva, «bajo la cúpula» de la Academia también gusta que a veces se reprenda al recipiendario. Y sin llegar a pedir al señor de Montesquiou que utilice su rayo (quizá por otro lado no haría mucha falta pedirselo para que lo hiciese), sus cofrades se las arreglarían para que fuese a él a quien se le encargase con mayor frecuencia el tradicional papel en esa arena de picador, que, por otro lado, sin duda él interpretaría dándole un cariz bastante nuevo. Ciertamente desde aquí se ve qué incomparable y majestuosa liviandad, qué atenta y noble y cruel desenvoltura, con qué saltarín, trepidante y caracoleante estilo sabría desarrollar y luego estrechar alrededor de la víctima elegida o coronada sus sabios pasos, irritándola, azuzándola con mil y un dardos variados y seguros, hacia los aplausos de un público ávido, si no de

sangre, al menos infundido de desbordante amor propio. Pero todos los que lo conocen en este aspecto y en ese papel, ya sea por haberlo oído declamar, ya sea por haber leído fragmentos del género en que su pluma electrizada se esgrime y dispara en todos los sentidos, éstos saben que todas las figuras de la justa y del torneo se rigen por una lógica superior y minuciosa y, como una especie de moralidad, llevan consigo a menudo una elevada lección de sabiduría y de arte. No creo particularmente accesible ni apreciable para los lectores de las *Arts de la vie* nada más que las páginas maravillosas, militantes aunque en el fondo sobre todo moralizadoras, que publicaba ahí recientemente, de un tema sobre el que (salvo para opiniones circunstanciales cuya injusticia tengo derecho a denunciar) no sabría pronunciarme, al no conocer, por razones de hecho y muy lamentables, la obra del artista en cuestión. Los lectores de las *Arts de la vie*, estoy seguro, no han salido aún del asombro del espectáculo que presenciaron ese día y de haber visto al señor de Montesquiou con un derroche de elocuencia que dejaba suponer, y más exactamente que dejaba adivinar, que guardaba cinco veces más en reserva, con una maestría y una furia capaces de aturdir a su víctima e incluso a los espectadores más cercanos, asestar sus golpes, cubrir en el mismo tiempo que si se tratase de una esplendorosa pintura todo el gran espacio que se había re-

servado, corregir veinte retratos, repintar diez cuadros, volver a dibujar un brazo por aquí, alargar una mano por allá, más allá cambiar un sillón de sitio, y por último tirar todo el mobiliario por la borda, poner su color sobre el del pintor maestro que se habrá convertido, sin tener tiempo para protestar, en su alumno; y prodigar con una elocuencia, una inteligencia, una lógica y un espíritu sólo propios de él, consejos y lecciones que sin duda el artista no le pedía, que son tal vez injustos o inexactos dirigidos a él, pero que a pesar de ello seguirán siendo justos y verdaderos, de una verdad más elevada y de una justicia eterna, en lo que predicán, a propósito de un nombre que quizá no era el que convenía, no puedo decir nada sobre eso, el buen, el necesario sermón sobre lo falso bello y sobre el falso gran arte, con esos aires —y esos grandes aires de dignidad evangélica del que confía en saber separar el buen grano de la cizaña— y que para ser sinceros es más que distintivo, es único en este hijo verdadero de los cruzados, que sobre la cimera dorada de gentilhombre, al lado de la pluma de hierro cuya belleza conocéis, ha puesto la concha de peregrino de lo auténtico, del misionero y del religioso puro de la Belleza. Sabe Dios que no se puede decir de él lo que dijo Luis XIV de Bernini: «No encuentra muchas cosas que admirar». Nadie admira más que él pues nadie descierne la belleza con mirada más certera y maravillada.

Y creo con seguridad, para volver a la Academia —y dejarla—, que el público especial de sus días de «recepciones» quedaría decepcionado de su malevolencia oyéndolo más a menudo pronunciar «elogios» entusiastas que desmigajando a tal uno o tal otro, durante las peripecias y los «incidentes» de esas sesiones apasionadas, para la mayor gloria de las artes y las letras. Sin embargo, no ha de pesar. En primer lugar porque todo esto llegará. Y después porque la Academia, a la que no sería acertado maldecir, y que en suma reúne hoy o acabará por reunir mañana a la mayoría de nuestros más egregios escritores⁵ y cuen-

5. Se sabe que la elección inmediata (y necesaria de Barrès) está asegurada. Una joven revista muy interesante que acaba de fundarse bajo la ingeniosa dirección del señor Paul Fort y que nunca llegaremos a apreciar y a recomendar en su justa merecida medida: *Vers et Prose*, nos da una gran alegría al anunciar que la elección de nuestro estimado y gran Henri de Régnier, ese escritor potente y delicioso, se acerca. Nuestro placer aún será más completo si un tercer sillón se reserva a un filósofo, a un artista al que ya hemos tenido y tendremos próximamente ocasión de expresarle nuestra profunda admiración, el señor Maurice Maeterlinck. En cuanto a saber si un gran escritor debe o no desear entrar en la academia, la pregunta la deberá zanjar cada uno en particular según sus preferencias y decisiones personales. No puede haber regla en eso. El hecho de que Flaubert no quisiese estar en la Academia no basta para consagrar a todo el que desprecie a la Academia, así como tampoco a pesar del ejemplo inverso de Victor Hugo, ser académico no engrandece a un poeta. Los «mandamientos» espirituales más absolutos y más minuciosos deben en

ta quizá con más hombres superiores que ninguna otra asamblea humana, no debe llegar demasiado pronto a esos talentos militantes que alimentan todo su ardor y lanzan toda sus llamas en la predicación y en la lucha, que necesitan luchar aunque sea con molinos de viento, sacudir en todos los sentidos el país, naturalezas de éstas desenfundadas y belicosas, excelentes en los puestos delanteros y a las que hay que desearles que la posición de «inactividad», en la medida en que puedan desplegarla, les llegue lo más tarde posible para que permanezcan más tiempo como jefes de un destacamento que es una elite, fuera de jerarquías, más libres en su procedimiento y en su movimiento.

Estas reflexiones me venían a la mente leyendo el último libro del señor de Montesquiou al que según un gusto y un talento muy propios de él, llama con un nombre singular cuya imagen luego impone y extiende a un género de objetos que no procedían de ahí, de manera que al designarlos queda, por amplia que sea su aplicación, colosalmente contundente y precisa. Ayer, eran los «Altas privilegiados», palabras que significan, en sentido propio, altar en el que se puede celebrar la misa de los muertos en periodos en los que está prohibido

este punto permanecer mudos y reposar en la voluntad y en la complejión de cada uno. Es un asunto de higiene individual (Nota del a.).

hacerlo en otros altares. Hoy es «Bellezas profesionales». *Altares privilegiados*, *Bellezas profesionales* y *Juncos pensantes*, tres libros estos de crítica de arte que no tienen equivalentes, e incluso llegaría a decir que hay muy pocos que los igualen en Francia. Sin duda la gran obra de Ruskin por el talento moral, por el gran poder de inspiración para el corazón y la poesía, por la unidad del designio de alguna manera divino de esta especie de discurso sobre la Belleza universal, es una obra mucho mayor y superior a estos tres libros del señor de Montesquiou. ¿Pero acaso se le puede pedir a esta serie de breves ensayos parecerse a una obra inmensa que a lo largo de cincuenta volúmenes persigue un mismo y trascendente propósito? Ha de confesarse, es más, que quizá hay más verdadero juicio artístico y gusto atinado, en cada uno de los breves ensayos que en las grandes obras de Ruskin. Ahora bien, desde el punto de vista estricto de la crítica de arte, un sentimiento acertado de las obras, una apreciación exacta de los valores, importa tal vez más que las más bellas reflexiones. Casi ninguno de los juicios artísticos de Ruskin, al menos sobre sus contemporáneos, parece haber subsistido. Entusiasmo por los prerrafaelitas, por Meissonier, desprecio por Whistler. Y sin embargo lo importante en un crítico es el juicio sobre sus contemporáneos. «Todo el mundo es muy bueno, dijo Sainte-Beuve, hablando de Racine y

Bossuet. Pero la sagacidad del juez, la perspicacia del crítico se demuestra sobre todo respecto a las obras nuevas, que no han llegado aún al público. Juzgar a primera vista, adivinar, adelantarse, ahí está el don del crítico. Qué pocos lo poseen».

No obstante, ése no será sin duda uno de los títulos menores del señor de Montesquiou, el haberse adelantado de manera singular al gusto de su generación y a aquel de la que lo ha precedido, el haberla alertado, formado y estimulado, el haberle señalado el camino de las nuevas bellezas, *que siempre fueron reales*. Nunca se dejó engañar por los más seductores colores de la novedad que se parece a lo auténticamente bello. Nunca fue víctima de esa ilusión óptica que pinta a nuestros ojos como reflejos de un talento nuevo los simples esfuerzos que se le acercan y que en sí mismos son bastante incoloros. Los verdaderos talentos son como las estrellas. Su luz tarda tanto en llegar a nosotros que cuando por fin podemos distinguirla, el astro está ya apagado desde hace mucho tiempo. Gracias a sus maravillosos telescopios espirituales, el señor de Montesquiou siempre distinguió en su nacimiento a los talentos estrella. Y el lejano alcance de su vista no le resta precisión: nunca aclamó a los planetas que las circundan y sacan de las estrellas y no de sí mismos su luz. Sin embargo, con qué alegría, con qué veneración de rey mago y con qué fervor de apóstol se

dirigió hacia esas estrellas, las adoró, les hizo verlas con sus ojos a los que los poseen y les hizo verlas a los otros con ese ojo de la fe que es el esnobismo. La belleza todavía incomprendida que amó antes que los demás la ha enseñado, la ha predicado infatigablemente y a menudo en el desierto.⁶

Todos esos ensayos que leemos hoy adquieren, aparte de su valor literario intrínseco, del que hablaremos luego, un valor de alguna manera humano que será para ellos, después, una gran garantía de duración y que les viene de haber sido verdaderamente vividos, caldeados con un amor que les ha dado la vida, y les ha incansablemente profesado. No son sin embargo como las lecciones de un Villmain infinitamente superior. En primer lugar, el público también era superior, era una pequeña elite adoctrinada con un fervor, un derroche de fuerza espiritual, nerviosa, sensible, física, verdaderamen-

6. Se sabe que ese discernimiento, esa previsión de la belleza nueva, el señor de Montesquiou los ha extendido hasta a las diversas industrias del arte. Su nombre es inseparable por ejemplo de los nombres de Gallé, de Lalique. Y siempre con un eclecticismo que le hizo admirar y honrar a los talentos más opuestos a los que en apariencia hubieran debido gustarle únicamente (por ejemplo, ¿quién no recuerda la estatua y el altar privilegiado que le erigió a la señora Valmore? La criada de la señora Valmore le ha confiado al señor de Montesquiou el cuidado de su tumba. Pero él había ya levantado y rejuvenecido sobre esa tumba «el árbol de la grandeza») (Nota del a.).

te única; elite que podrá dar un elevado testimonio de este maestro, pues está compuesta por los hombres superiores de mañana. Pero el señor de Montesquiou no se ha contentado con conservar entumecidas alocuciones y publicar clases. Cada uno de los ensayos que ha escrito es una creación original, completamente diferente de su enseñanza oral, ampliamente meditada, que está lejos de tener sólo un valor de transcripción, que ha sido pensada, «escrita» y con qué maravillosa riqueza, qué fuerza y qué originalidad. Lo que para finalizar vamos a examinar brevemente son los particulares dones, infinitamente raros y valiosos, que se han necesitado para hacerlo.

Uno de esos dones, que es maravilloso para un crítico de arte y que sin embargo puede volverse peligroso,⁷ es un don que Ruskin poseyó en el grado más elevado y me vería en un gran apuro si tuviese que citar algunos otros nombres que no fuesen el suyo y el del señor de Montesquiou. Ese don consiste en primer lugar en ver claramente ahí donde los

7. Me resulta imposible explicar aquí el por qué de tal cosa. Además, me he extendido demasiado al insistir en sus peligros, en el prefacio de la *Biblia de Amiens*, para no tener que referirme mejor aquí a sus virtudes, las cuales, en definitiva, prevalecen sobre ellos (Nota del a.).